

EDITORIAL

Una de las repercusiones más importantes de la caída del muro de Berlín es la creación de una aparente hegemonía en la organización política y económica mundial que, en general, deja de lado valores y percepciones individuales e ignora incontables posiciones minoritarias. América Latina ha reconocido en este giro la necesidad de fomentar procesos políticos propios, que se ajusten a su cultura, su pasado y, más que todo, a sus necesidades; de esta forma, se ha dado lugar a un sinnúmero de movimientos particulares en los que aspectos como la participación política de minorías y las propuestas pluralistas juegan un papel preponderante. Un resultado de esto es el cambio de dirección en el diseño de política económica por parte de algunos gobiernos, donde proyectos orientados a reducir la pobreza y la desigualdad han ganado espacio sobre aquellos tradicionalmente dirigidos hacia el crecimiento y la estabilidad macroeconómica. Es preciso, pues, analizar el conjunto de factores que ha dado lugar al proceso de cambio político y social en la región, así como algunos de sus retos.

El discurso político en América Latina durante la década de los noventa estuvo dirigido al acercamiento a los mercados internacionales, una defensa generalizada del libre comercio, la descentralización económica y política, y la búsqueda de mejoras en la competitividad. De igual

manera, se trabajó en el fortalecimiento de los derechos de propiedad y de las instituciones legales, ya que éstas serían garantes de una economía libre que, desde luego, traería consigo mejores condiciones para la sociedad. No obstante, en la profundidad de estas reformas, los resultados no fueron los deseados: bajo crecimiento, aumento de la pobreza y desigualdad, fueron el panorama reinante en la mayoría de los países de la región. Aparece, entonces, un descontento general en la población por las políticas desarrolladas, las cuales desatan sentimientos de inconformismo hacia fenómenos como el desempleo, la desnutrición, la violación de derechos humanos, la política ambiental, las relaciones internacionales, etc. El común denominador de todos los anteriores es la exclusión de la cual se sintió parte una fracción importante de la sociedad, exclusión que a su vez no condujo a resultados alentadores.

De esta manera, se conforman grupos de diversos orígenes con el propósito de buscar un espacio en estas sociedades que, bajo su marco institucional, no hicieron más que marginarlos. Dada la situación de gran parte de la sociedad, tales grupos no sólo encuentran numerosos seguidores, sino que también logran formar redes con otros similares que se manifiestan en ámbitos diferentes. Es así como se fortalecen los sindicatos de trabajadores, las uniones estudiantiles, las alianzas campesinas etc.,

cada una con repercusiones dentro de su entorno local, que al momento de ser integradas a sus similares, desarrollan un gran potencial para tener un impacto global. Estos grupos reconocen su capacidad y su responsabilidad en el diseño y construcción del tipo de sociedad que persiguen, y se hace evidente que esta reestructuración, si ha de llevarse a cabo, debe tener sus raíces dentro de ella misma, y no siguiendo lineamientos y estándares internacionales como se ha hecho hasta el momento.

En este escenario, los partidos de izquierda —o siendo más precisos la “nueva izquierda”— se hacen necesarios para modificar la forma de hacer política a partir de la unión de los grupos aislados previamente establecidos, y un discurso que trata de compatibilizar sus diferentes objetivos. Los resultados en las urnas han mostrado un incuestionable respaldo hacia este tipo de postura, lo cual ha significado un cambio sustancial en el péndulo político de la región.

Cuando se habla de “nueva izquierda” se busca establecer cierta diferencia respecto a la izquierda tradicional, ya que los partidos políticos bajo este rótulo son mucho más pragmáticos y eclécticos que sus antecesores, caracterizados estos últimos por el extremismo en sus posturas, ejemplo de ello, su radical oposición al libre mercado. La denominada “nueva izquierda”, por el contrario, participa en negociaciones, desarrolla acuerdos comerciales y, más que oponerse a la globalización, persigue que sus beneficios sean distribuidos de una forma más igualitaria; así mismo, se interesa en temas de medio ambiente, defensa de derechos humanos y, en la mayoría de los casos, en la defensa de la democracia.

Esta izquierda se ha posicionado en el gobierno de diferentes países e integra un sinnúmero de movimientos sociales en torno a las más diversas corrientes, las cuales encuentran en ella la opción de participación social. Asimismo identifica elementos de política comunes entre estos nuevos gobiernos con una fuerte preocupación por —lo que sus críticos han llamado el slogan— los “temas sociales”. Posiciones como las de Hugo Chávez en Venezuela o Néstor Kirchner en Argentina evidencian la preocupación por defender la soberanía nacional, cuidar los patrimonios locales, y controlar los recursos naturales y financieros. De igual manera, se encuentra la manifestación de la mayoría de los gobiernos acerca de la necesidad de desarrollar políticas conjuntas de cooperación, construcción de una zona económica que refuerce el MERCOSUR, e integre a Latinoamérica a través de un mercado común. Además, se buscan alianzas entre países que hagan viable el desarrollo, como se espera sea el caso de la eventual cooperación entre los gobiernos de Evo Morales en Bolivia y Michelle Bachelet en Chile.

A pesar de las razones económicas detrás del viraje hacia la izquierda política, el proceso de cambio que vive la región no ha sido motivado únicamente por éstas; el direccionamiento de la izquierda en Latinoamérica se ve influenciado, también, por importantes razones políticas originadas a partir del contexto global. Específicamente, el cambio de la relación entre Estados Unidos y el subcontinente americano ha jugado un papel preponderante en la consolidación de algunas alianzas estratégicas internas en la búsqueda de mejores oportunidades para los países de la región. Con

la única potencia global focalizada en una estrategia comercial orientada a enfrentar la competencia de gigantes como China e India, y con los problemas internos existentes, se ha desviado la atención prestada a Latinoamérica; lo anterior ha obligado a los gobernantes locales a mostrar nuevas posibles salidas más allá de sus relaciones con el país del norte. La izquierda latinoamericana ha encontrado en este conjunto de condiciones una ventana de oportunidades para no sólo ganar poder en la región, sino también lograr constituir un eje que permita hacerle algún contrapeso a la hegemonía estadounidense.

Un ejemplo de las alianzas que se han desarrollado en tal dirección son los intercambios científico-económicos entre Cuba y Venezuela, así como la construcción de redes eléctricas entre este último y varios países del sur, o los proyectos de creación de una universidad y de un canal de televisión de la región. Paradójicamente, muchos de estos proyectos, sobre los cuales Estados Unidos no tiene la mejor opinión, han sido financiados precisamente con los millonarios ingresos provenientes de los altos precios del petróleo y, en gran parte, la demanda norteamericana por el mismo. Por tanto, mientras el precio del petróleo siga en sus estándares actuales –lo cual es posible dada la demanda energética mundial y la ausencia de nuevas formas de generación– es de esperarse que el liderazgo de Hugo Chávez en la región se mantenga inalterado, lo cual, sumado a la actual presencia de varios gobiernos nacionales y regionales de izquierda, hará que la tendencia en tal dirección sea cada vez más marcada.

Es importante señalar que la actual transformación política de la región presenta diferentes matices, tiene diferentes manifestaciones, retos y compromisos. Por tanto, la viabilidad y el éxito político de esta tendencia dependen crucialmente de la creación de proyectos propios, que permitan el desarrollo económico y el ascenso social de la región, utilizando la democracia como camino de la instauración y legitimización del poder. Más aún, es necesaria la convivencia con otras manifestaciones políticas, de tal forma que se logre atender los retos de instauración de justicia, y la renovación de las instituciones y de la clase política.

De esta forma, los retos que enfrenta la izquierda latinoamericana a partir de ahora son enormes: dejar de ser oposición para pasar a gobernar no es tarea fácil, y en caso de que la tarea no se lleve a cabo de manera satisfactoria se podría generar un mayor descontento y frustración en la población, que después de muchos años cree estar viendo una posible salida a sus mayores problemas. Como de costumbre, son preocupantes los posibles “cambios de discurso” de aquellos que haciéndose elegir en representación de la izquierda, terminen llevando a cabo prioritariamente políticas contrarias a las propuestas. Son estos algunos de los retos y oportunidades que ofrece la coyuntura actual y, como siempre, es nuestra sociedad la responsable de verificar si la tarea asignada se está llevando a cabo.

*Comité Editorial
Revista Divergencia*